JOSÉ ALEJANDRO SÁEZ FRANCO

LOS VIAJEROS A ROSOX

black ediciones

JULIO DE 2024
REVISIÓN TEXTO ACTUAL ENERO DE 2025

BLACK EDICIONES
PLAZA MAYOR, 11. 18800 BAZA (GRANADA)
papeleriablack@gmail.com
www.papeleriablack.es

TEXTO E ILUSTRACIÓN
JOSÉ ALEJANDRO SÁEZ FRANCO

Reservados todos los derechos. Mal dolor te dé si haces mal uso de este texto.

Me llamo Alphonso Lonzo y llevo tres días en órbita baja sobre el planeta Rosox 131. Dentro de unas horas, mi padre, el archiconocido astronauta Jack Lonzo, y yo mismo iniciaremos el descenso desde la nave nodriza Madre para tomar tierra en Rosox 131. Las expectativas desde la Tierra son monumentales.

Nadie sabría explicar el porqué. Cada uno contará una historia similar, y a la vez totalmente diferente, sobre las causas que nos llevaron al desastre. Cada cual centrará la atención en lo que para ellos es relevante, o más aún, en lo que ellos creen, sin fundamento alguno, que fue determinante. Pero lo cierto es que fueron una serie de acciones encadenadas desde hace mucho tiempo. El clima, la población, nuestra forma de alimentarnos y producir, nuestra forma de entender la organización de los estados, nuestra forma de entender el valor de las personas, nuestra forma de consumir y usar la energía, nuestra forma de acumular desechos, nuestro desprecio a las demás especies. La inacción. La postergación. El convencimiento. La imposición. Todo condujo, irremediablemente, a que la Tierra se convirtiera en un planeta inhabitable.

Al ser humano le gusta vivir en la zona liminal, aquella en la que, a veces, ya no hay vuelta atrás. Quizá eso sea un reto para su propia evolución o para el destino. El caso es que poco después de la certificación de los primeros ríos y mares muertos, los científicos descubrieron cómo transportar materia a través de los agujeros de gusano. Una vez más, la humanidad parecía encontrar una salida justo antes de la caída del telón. Aún se podía vivir en la Tierra con el uso de máscaras, complementos alimenticios, atenuantes de radiación y trajes especiales, pero era del todo imperioso que la humanidad encontrara un nuevo planeta. De esta forma se creó el proyecto Hábitat 2 que lanzó, como esporas, decenas de naves sin tripulación dirigidas por una inteligencia artificial en búsqueda de planetas. Una vez descubiertos, se enviarían naves tripuladas para certificar el descubrimiento e iniciar los planes de colonización.

De niño odiaba a los astronautas. Quizá fuera el hecho de que mi padre era (y es) el más famoso de todos ellos. *Todo parece muy fiable, pero el espacio es el espacio*, me decía mi madre secándose las lágrimas cada vez que la nave

de papá despegaba, evocando un adelantado funeral que no llegó a darse, pero que a mí me hundió en un estado de duelo perpetuo. A Manolo, mi primo gordo, le sucedía justo lo contrario. Admiraba a mi padre de tal manera que había llegado a reunir una impresionante colección de objetos relacionados con él: desde muñecos de acción hasta cajas de galletas promocionadas por el gran Jack Lonzo. La joya de la colección era un holograma con el que incluso podías mantener una conversación. A mí esto me repateaba, pues, en cierto sentido, mi primo pasaba más horas con mi padre que yo, aunque fuera solo un holograma repetitivo y sobreactuado.

Mi primo le admiraba tanto que había elegido como sueño el llegar a ser algún día un astronauta como mi padre. Cuando nos reuníamos en las festividades, Manolo se vestía de gala con una réplica del mono azul que visten los astronautas y se comportaba como un militar, realizando saludos militares, quiebros castrenses y obedeciendo cada cosa que mi padre le decía con un servilismo y una prestancia que me asqueaba.

—¡De mayor seré como usted! —repetía cada dos por tres, y mi padre, con su bigotazo arqueado por la sonrisa, le respondía:

—Pues claro que sí, campeón —y le tiraba un pellizquito de las lorzas que se acumulaban alrededor del abdomen de mi primo—, pero esto hay que quitárselo —bromeaba.

Mi primo reía tímidamente, como haría una pánfila con su primer novio.

Me repugnaba.

Creo que eso fue lo que me motivó a ser astronauta. Eso y que mi madre murió cuando yo tenía doce años. Me dio tanto miedo quedarme sin nadie que inicié la formación para convertirme en uno. Sabía que, siendo mi padre quien era, me facilitarían las cosas. Como era bastante mediocre, me asignaron a la tripulación de mi padre. Sé que la gente habla, pero a mí me da igual. Por ahí voy yo con mi uniforme de astronauta, tomando copas gratis y ligándome a las chicas más guapas. En la Tierra somos poco menos que dioses. La última esperanza: los héroes del espacio y todas esas magnificencias que se vociferan.

Mi primo ni siquiera tuvo la opción de presentarse, jamás superó las pruebas físicas. Ahora se dedica a vender naves suborbitales de segunda mano, cargueros y recreativas para empresarios decadentes o jubilados ya medio putrefactos. Tiene un concesionario decorado con banderines. Sí, con banderines. Y unos muñecos hinchables en la puerta.

Y aquí estoy yo, vistiéndome para subir a la Astro 5, la nave que nos hará descender hasta este nuevo planeta y que hará que mi nombre quede grabado en la historia con letras de oro y paladio.

El espacio dentro de la Astro 5 es más bien reducido. Otra cosa no tendrá, pero cámaras, al menos veinte. A cualquier lugar donde mires, allí están. Este es uno de los mayores momentos de la historia: el día en que la humanidad llegará por primera vez a otro planeta habitable. Y aquí estoy yo, algo más valioso que un mueble, pero menos que un perro, grabando en cada minuto mi rostro y mi nombre en la historia de la humanidad. Ojalá nunca muriéramos y esta sensación exultante y vanidosa se perpetuara para siempre. Y todo gracias a mi padre y su tremenda carga

de culpabilidad debida a diversos eventos, algunos casuales y otros más meritoriamente suyos. Desde luego, el hecho de haberse convertido en el astronauta más famoso de la historia le alejó de mí y de mi madre, eso es imputable. Por otro lado, que mi madre se atragantara con un vulgar trozo de pollo anudado a un pelo y muriera por asfixia, no es, en modo alguno, achacable a mi padre. *Podría haber estado allí y haber salvado la vida a tu madre*, solía decir, pero quién sabe, puede que sí o puede que no. Lo que sí le generó fue una intensa sensación de abandono parental, de forma que la muerte de mi madre, y no me juzguéis severamente, me acabó beneficiando. Mi padre se volcó conmigo y me llevó de la mano, sobre una alfombra de pétalos, hasta convertirme en astronauta con la mitad de esfuerzo que los demás (si llega). Y ahora, gracias a todo eso, mi riqueza y fama serán inigualables en la historia. Lejos quedarán otros como Armstrong, Magallanes o Colón. Este aterrizaje me elevará al olimpo de mi padre: el primer humano en pisar Marte y más tarde Venus y ahora, más allá de los límites de nuestro sistema solar y alejados a millones de años luz, Rosox 131, el planeta

que seguramente acabará llevando nuestro ilustre apellido.

Os describo lo que veo. Por una de las pequeñas ventanillas aparece el planeta Rosox. Es algo más pequeño que la Tierra, pero eso no se aprecia a simple vista. Es verdoso y azulado. Gran parte del planeta está cubierto de agua.

Al otro lado del universo estará mi primo Manolo siguiendo obnubilado nuestros avances en la conquista planetaria. Siempre ha sido un chico muy majo y servicial. Espero que esté observándome con envidia reprimida.

Qué queréis que os diga. Pronto pondré un pie en un planeta habitable. ¿Alguien se puede hacer una idea de lo que eso significa? Desde todos los sitios, los Manolos del mundo querrán ser como yo y el verdadero Manolo, tan amigable y presto y servil y candoroso, deseará haber sido yo en algún momento pasado. Pero no lo será. Allí sigue, en la pequeña Tagartera con sus dos mocosos dando berridos y con su mujer haciendo tartas y limonadas todas las tardes. ¡No quiero limonada! ¡Joder! Métete la tarta por el culo.

Aquí encajonado entre hierros, siendo una partícula diminuta en el universo, seré un nuevo Odiseo, y mi Odisea se cantará por todos los sitios allá hasta donde llegue la conciencia humana. Y posiblemente más.

Algo me distrae de mis ensoñaciones. Una pequeña lucecita roja ha empezado a parpadear en el panel que yo debo vigilar. No me gustan los contratiempos, porque no soy una persona que rinda bajo presión. El ruido en la nave ha aumentado. Se escucha una especie de siseo solapado con el rozamiento de la caída de la nave hacia el planeta. Mi padre se ha incorporado y ha presionado un par de botones.

—Pérdida de presión —escucho decir por la línea interna instalada en mi oído.

Observo cómo la nave se escora: el ángulo del planeta ha variado con respecto al de hace unos segundos y la cabina se está enturbiando. Un humillo marrón coloniza el escaso espacio interior.

—Capitán Alphonso Lonzo, tome los mandos —escucho decir con voz regia y calmada a mi padre.

Sí, en caso de aterrizaje de emergencia, yo soy el encargado de tomar los mandos y dirigir la Astro 5 de forma manual. Lo he practicado infinidad de veces en los entrenamientos y soy un desastre. La mitad de las veces provocaba un error fatídico. Le rogué a mi padre que confiara en mí, pero solo insistí porque había que repetir la operación en miles de ocasiones y eso hacía que me librara de otros entrenamientos más ímprobos, con lo que mi responsabilidad en este viaje quedaba reducida, prácticamente, a aterrizar la nave en caso de emergencia.

La humanidad ha conseguido viajar entre planetas lejanos a través de agujeros de gusano. Dominar la materia y la antimateria. Estudiar la energía oscura. Rescatar información de un agujero negro. Observar el plegamiento del universo, incluso descartar la existencia de Dios. ¿Quién coño iba a imaginar que una mierda de navezucha iba a fallar en el aterrizaje con toda la tecnología que hemos llegado a desarrollar?

Tomo los mandos, qué remedio. La nave traquetea. Los mandos es un decir, no tiene un mando en sí. Son una serie de botones que ejecutan órdenes. Los pulso casi al azar y la inteli-

gencia artificial me rectifica continuamente proponiéndome opciones más juiciosas. Le sigo la corriente, claro, qué otra cosa puedo hacer, apenas sé lo que estoy haciendo.

La nave sufre vibraciones extremas, pero parece haber corregido el rumbo, al menos el planeta vuelve a verse por la ventanilla. No sé qué temer más: si perdernos en el infinito del universo o estamparnos a miles de metros por segundo contra la superficie rocosa del planeta.

Mi primo Manolo quedaría espantado en cualquiera de las dos circunstancias. No me consuela el heroico halo con el que seremos coronados si llega a suceder alguna de las dos circunstancias.

Ya puedo distinguir por los ventanucos de la nave, que ahora se me antoja una cámara de tortura medieval, la firmeza del terreno debajo de nosotros. El mar se extiende a lo largo y ancho del planeta y apenas pequeñas islas de tierra motean la superficie. A esta velocidad, caer en el agua no es un consuelo, el impacto dejará la nave como una chapa de Coca-Cola.

—Capitán, active los frenos motores —sugiere la IA.

Pulso el botón y la nave sufre una brusca deceleración.

—Capitán, sugiero que active los amortiguadores de aire —dice la IA.

No recuerdo dónde está el botón. El panel está lleno de símbolos y no logro reconocerlos.

—Capitán, sugiero que active los amortiguadores de aire, el impacto puede ser catastrófico —insiste la IA.

—Pues actívalos tú, ¿coño, ya? —le grito al programa.

Un piloto se enciende en la parte alta del panel. Tiene forma de nube. Se han activado los amortiguadores de aire. ¿A quién coño se le ocurrió pintar una nube en el piloto para unos amortiguadores de aire? Ni que tuviera cuatro años.

—Capitán, sugiero activación de paracaídas, la velocidad es demasiado elevada para el aterrizaje. Situación crítica.

Pulso un botón. Han pintado un paracaídas.

La nave vuelve a decelerar. Desde las ventanas ya solo se ve una inmensa extensión azulada. De repente sufrimos un fuerte impacto. La nave cruje. Mis cervicales crujen también. Todo mi cuerpo se ha achatado. No sé si recuperaré la

forma si logramos sobrevivir. Parece que nos hemos detenido.

El protocolo dicta que mi padre, el teniente coronel Jack (celebérrima mandíbula) Lonzo, sea el primero en salir de la nave, pues este contratiempo nunca debió suceder y debía ser él, con su incólume fama y portentosa presencia, el que primero pisara el planeta y dejara unas palabras para la historia: *El destino del ser humano, bla, bla, bla…*

En cambio, veo cómo, ante mi inacción, mi padre está soltándome los cinturones de seguridad e impeliéndome a que abandone la nave, que ya está totalmente contaminada de humo.

Me ayuda a levantarme, abre la escotilla y me empuja fuera. Intento bajar dignamente por la escalerilla, pero resbalo y caigo de cabeza. La caída es del tipo escorpión, de esas en las que se te curva el cuerpo de modo que las piernas aparecen por encima de tu nuca. Supongo que las cámaras lo habrán grabado. Puede que mi primo Manolo lo haya visto. Puede que sienta algo de vergüenza. Sobre todo orgullo, supongo, así es él. Espero que algo de celos.

Mi padre abandona la nave de un brinco, me ase por la agarradera de mi traje y me arrastra unos metros lejos de la nave. Por la escotilla escapa un humo denso y rojizo.

La nave aparece escorada, con una de las plataformas de aterrizaje doblada, como si se hubiera apoyado en el codo después de un duro día de trabajo. Como un borracho intentando disimuladamente sostenerse erguido en la barra de un tugurio.

Hemos caído en tierra, todo no iba a ser una catástrofe. Mi padre me ha felicitado por el aterrizaje. No creo que sea ironía. Creo que está incapacitado para ironizar.

Yo sé que he jodido la misión, pero no pasa nada, alguien vendrá a buscarnos dentro de un rato desde la nave Madre y todo habrá finalizado. La única tragedia será no haber plantado la banderita del planeta Tierra en este otro planeta. Tampoco se lo merece.

Estoy sentado en el suelo cogiendo puñados de arena. La arena se escurre entre los guantes; sin embargo, parece más viscosa que la de la Tierra. Da la impresión de que esté imantada.

Mi padre observa el ordenador de su antebrazo.

—El aire es respirable —afirma. Ya lo sabíamos. No íbamos a venir desde la Tierra hasta aquí sin haber comprobado antes con sondas si el aire es respirable o no. Cojones.

Se quita la escafandra del traje, que se despega con un siseo de descompresión y aparece su cabeza, sudada y preciada y reconocible y solemne y venerable, recortándose contra el cielo verdoso de Rosox.

—Huele como a perfume —informa lacónicamente.

Le imito y yo también me quito la escafandra. Mi cabeza no es tan *idolatrable*. Es cierto, huele como esos perfumes dulzones que dejan un rastro pastoso en la boca.

El mar está muy cerca, a unos cincuenta metros. Es un mar extraño, pues parece avanzar lentamente; sin embargo, no tiene oleaje. Se mueve muy despacio, debe estar subiendo la marea, así que mi padre, como jefe de la expedición (y única persona capacitada), ordena retirarnos tierra adentro. Pronto oscurecerá y no sabemos hasta dónde puede llegar la marea o qué

peligros puede esconder el mar. Tampoco sabemos qué peligros puede esconder la tierra, pero si lo dice mi padre, es palabra de Dios.

Antes de alejarnos de la nave, mi padre se pone la escafandra y entra en la nave para recoger varios utensilios y comida. Sale con una especie de petate y nos alejamos.

—Es una pena —dice—, podríamos haber sobrevolado el planeta hoy mismo. Pero no te preocupes —rectifica dándome una palmada amistosa—, estas cosas pasan. Estamos a salvo y ya he comunicado nuestra posición. Pronto nos mandarán la Astro 13 (nave auxiliar de reserva).

Acampamos a un kilómetro de distancia de la orilla del mar. Disponemos una serie de luces perimetrales. Son a la vez detectores de movimiento, cámaras y armas disuasorias, por si a algún animal se le ocurre cenar tarde. Tenemos también una cúpula Savan. Es una cúpula de plasma, tendría que bombardear un destructor estelar para que algo la atraviese, así que no, nadie va a cenar tarde esta noche.

Mi padre y yo calentamos unas raciones de sopa. He tenido que viajar millones de años luz para poder acampar por primera vez con mi pa-

dre, pero no me quejo, es un hombre ocupado. Ha sido cariñoso a su manera. A su manera distante y ausente.

Al anochecer nos acostamos.

Me cuesta conciliar el sueño. Observo el cielo nocturno de Rosox. Aunque es oscuro, tiene una especie de luminiscencia verdosa debido a su atmósfera. Es precioso. Al no haber contaminación lumínica, las estrellas se ven con total claridad y eso me pone nostálgico. No sé muy bien por qué, he estado en el vacío del universo y he pasado relativamente cerca de algunas estrellas. He visto cúmulos y nebulosas. Y hasta una supernova. No sé muy bien qué me melancoliza, habiendo visto ya casi todo. Debe ser un constructo cinemático o una creencia novelesca. No he leído un libro en mi vida, así que eso no.

Hemos decidido dejarnos los trajes puestos, por si dentro del perímetro hay algún organismo o animal subterráneo y pequeño que no detecten los sensores y pueda ser venenoso o perjudicial. Es muy incómodo dormir con el traje dada su rigidez. La tela es increíble: te aísla del espacio exterior y es capaz de aguantar el impacto de una bala o de un láser. Incluso de un microme-

teorito. No se desgarra. Por dentro es aún más alucinante. Regula la temperatura al gusto. Absorbe y expulsa el sudor. Controla las constantes vitales o te administra medicación en el caso de necesitarlo. Tiene también una ayuda muscular. Si uno lo requiere, en el traje se activan unos músculos auxiliares mecánicos que te permiten mover objetos pesados. Tiene un sistema de propulsión que es lo más parecido a volar que uno pueda imaginar. Aunque lo más sorprendente y complejo es el sistema de tratamiento de deposiciones. Básicamente vamos cubiertos por un wáter. A la cintura se abraza una pieza en forma de calzoncillo de un material cerámico. Por delante, la polla está recogida por el sistema de expulsión de orina. Por detrás, simplemente haces lo que tienes que hacer y el sistema higiénico se ocupa de limpiarte. Se diseñaron unos nanobots específicos para la limpieza de material cerámico y la piel. Los nanobots habitan en la piel, y el vello púbico debe estar rasurado. El motivo es aún inexplicable, pero los estudios previos al diseño del urinario interior arrojaron que, si el portador del traje no estaba rasurado al cero, los nanobots se volvían gregarios y creaban asenta-

mientos que iniciaban una evolución social al cobijo del bosque piloso. De manera que hubo que diseñar unos nanobots que exclusivamente se dedican a cortar el pelo en la raíz (los leñadores, les llaman) y otros que se dedican a limpiar los restos de heces y orina (los basureros, vulgarmente conocidos como los comemierdas). Los restos descienden por un tubo. La orina hasta un depósito en la pierna derecha y la mierda a la izquierda. Cuando están llenos, un piloto rojo se enciende en la pierna correspondiente. Entonces evacuamos, y se puede ver cómo por el talón de la bota sale un chorro de meado o de mierda. Es realmente una lección de humildad. El traje es algo casi inconcebible, pero aquí tumbado de costado en un planeta extraño, me pica el culo y no hay manera de rascarse.

Me tumbo boca arriba para intentar acallar el picor mediante la presión y el rozamiento y, casualidades de la vida, sobre el cielo de Rosox se desata un espectáculo majestuoso. Una gran bola de fuego crece y crece hasta cubrir gran parte del cielo visible. Cuando aquella luz intensa mengua, la reacción de la atmósfera del planeta aumenta, tomando un color verde fluores-

cente que trasforma Rosox 131 en una inmensa figura de jade.

Busco a mi padre con la mirada y puedo ver que está observando el evento con preocupación.

—¿Has visto eso?, ha sido magnífico —comento de manera entusiasta.

—Hum —responde ausente.

No insisto.

Un rato más tarde sucede otro maravilloso evento. Una lluvia de meteoritos como nunca antes pude ver en la Tierra. En esta ocasión me pongo en pie, supongo que el evento lo merece. El cielo se ilumina con grandes meteoros que cruzan de un lado al otro del horizonte con lentitud y pesadez. Primero como un puntito de luz que va aumentando su intensidad lumínica. Más tarde como grandes bolas de fuego y, finalmente, como ascuas que se van consumiendo dejando un rastro a su paso.

—Padre…

—Lo veo —se anticipa.

—Qué cosas esconde el universo, ¿no es cierto?

Mi padre me mira intensamente con ojos lacrimosos. Hace un gesto de conformidad que su bigote aprueba con rotundidad y se vuelve a tumbar mientras los últimos meteoros nos iluminan tenuemente hasta apagarse.

Vuelvo a tumbarme y me duermo pronto.

Hemos despertado al despuntar el sol por unos lejanos promontorios. Una bruma cubre el suelo. Sobre los arenosos promontorios sobre-

vuelan nubes rojizas y sobre el suelo se aplastan las sombras que las nubes proyectan.

Hemos desayunado barritas concentradas. La bruma ha ido desapareciendo y, para nuestra sorpresa, el mar se nos aparece a escasos metros. No tiene sentido, pero parece que la marea siempre crece. También nos resulta extraño que no haya árboles a la vista. Ni un simple animalillo ha hecho saltar las alarmas durante la noche. Ni una brizna de hierba se atisba en toda la inmensa llanura, ahora convertida en playa. Nada de nada. Nos desconcierta la atmósfera rica en oxígeno dada la ausencia de vegetación. En alguna parte de este inmenso océano debe haber multitud de algas o millardos de cianobacterias. Algo debe otorgar la habitabilidad a Rosox.

La nave despunta a lo lejos con reflejos solares, ya medio sumergida por el agua e igual de perezosa que ayer. Mi padre la mira con cierta urgencia.

—No sé si podremos llegar hasta la nave —se cuestiona en voz alta.

Tengo mis dudas sobre el motivo por el cual querría llegar hasta la nave. Me debato entre proclamarlas o no. Las proclamo:

—¿Para qué?, pronto llegará otra nave desde la Madre.

—No llegará —sentencia mi padre.

—Llegará —insisto yo—, claro que llegará.

—Por Dios, hijo, a veces pareces tonto. No sé de dónde lo has sacado, tu madre era cauta, pero de tonta no tenía un pelo.

Es la primera vez en la vida que mi padre me habla así.

—La explosión que vimos anoche fue la nave Madre. Y los meteoritos que tanto te admiraron, las partes de fuselaje desmembradas que caían sobre la atmósfera del planeta.

Permanezco un buen rato con la boca apretada y los ojos desencajados. Las palabras pronunciadas por mi padre rebotaban en mi cabeza como una pelota con energía infinita dejando un rastro psíquico de mierda.

—Perdona, hijo —se disculpa mi padre—, no debí hablarte así. Tú no eres tonto.

No le creo.

—Necesitamos la nave, es la única manera de poder sobrevivir o de llegar al espacio, ¿comprendes?

—Ajá —respondo asintiendo con la cabeza, pero no lo comprendo y mi padre lo advierte, de modo que ahonda en su explicación:

—Si tenemos que quedarnos en este planeta hasta que nos recojan, tardarán algunos meses. Necesitamos sobrevolar el planeta para conseguir sustento. La necesitamos también para usar su energía. No sabemos si puede haber inmensas tormentas o si las temperaturas varían mucho en distintas estaciones…

Deja el discurso en el aire, pero al menos, ahora comprendo la urgencia y la necesidad de llegar hasta la Astro 5.

Con precaución, mi padre se acerca hasta el borde del agua, que sigue avanzando con exasperante parsimonia. Con un brazo mecánico extensible toma una muestra y la analiza. En las pantallas de nuestro antebrazo aparece el resultado: H2O. Un poco salina, pero podremos desalinizarla y depurarla si llegamos hasta la nave. Esto me eleva el ánimo. Teniendo agua será mucho más fácil sobrevivir. Menudo historión para mi primo Manolo.

Me quito la escafandra y me acerco a la orilla.

—Alto —alerta mi padre—. No toques esa agua. ¿Has percibido ese movimiento?

—Sí —respondo—. No —aclaro.

—Cuando me he acercado, el agua se ha agitado. No al contacto del brazo mecánico, sino al acercarme yo —aclara mi padre.

Entorno los ojos intentando disimular mi estupidez.

Mi padre se quita un guante y se acerca a la orilla.

—Papá —le suplico angustiado.

Hace un gesto despreocupado con la mano.

Acerca el dedo índice al agua y sumerge la punta. No pasa nada.

—Está fresca —afirma.

Retira el dedo del agua y súbitamente el agua se ondula.

—No puedo mover el dedo —afirma sorprendido.

Durante un instante sonrío. Mi padre quiere distender la situación.

¿Cuándo ha gastado una broma mi padre en su vida? Su cara se congestiona hasta amoratarse. Mi sonrisa se invierte convertida en mueca.

El líquido parece ahora un cristal sólido, un hielo milenario. Mi padre forcejea con todo el brazo. El dedo no se mueve un ápice de la superficie del agua. Se ayuda del otro brazo para ejercer más fuerza, pero el agua no cede ni un milímetro. Empieza a tironear usando todo el cuerpo. No sé qué hacer, el miedo me atenaza, pero, si le sucede algo, quedaré solo en este planeta inhóspito y desconocido.

Pienso en echar a correr. La vergüenza me retiene. Me acerco a ayudarle y mi padre grita:

—¡Ahhhh!, ¡no! ¡No te acerques!

Me petrifico a mitad de camino con las manos pegadas a mis muslos. Unos finos filamentos, en forma de tentáculos, se forman en el agua. Se disparan en dirección a mi padre y lo rodean por las articulaciones y la cintura. Poco a poco lo atrapan por el cuello y tiran de él hacia abajo.

Mi padre aprieta los dientes con la cara enrojecida por el esfuerzo. Se resiste.

—Huye —atina a decir justo en el momento en que el agua lo vence y lo sumerge. Durante un minuto, unas burbujas brotan de la boca de mi padre, pero ya no se resiste.

Estoy aterrado, no puedo mover ni un músculo. Por mi cabeza pasan ideas variopintas. Qué voy a comer. Qué voy a beber. Qué me comerá. Maldito seas, padre, por dejarme solo en este planeta.

Pasado un rato, decido gastar la poca audacia que atesoro. Me acerco al agua, a una distancia prudente. Mi padre burbujea como una pastilla efervescente. La boca retraída y los ojos casi consumidos. Soy sincero: me duele más por mí que por él. Pero me duele desesperadamente. Madre muerta por pollo. Padre devorado por agua. ¿Qué será de este huérfano?

Un momento después mi padre es ya casi un esqueleto con unas pocas tajadas de carne del color de la cecina.

Me siento a unos metros y me da la llantera. Soy hombre muerto. Vivo y muerto a la vez. Me quedo dormido.

Al despertar, el agua agarra mi bota. Intento soltarme, pero su fuerza es abrumadora. Consigo soltar el precinto de la bota y echo a correr mientras las lágrimas y los mocos cubren mi cara. Camino alrededor de quince kilómetros con una bota sí y la otra no. Tengo el pie en car-

ne viva y me duele el costado a causa de mi caminar inclinado. Descanso un rato, el agua ha quedado muy atrás. A la velocidad que se mueve, tardará un par de días en llegar aquí.

Ceno una barrita sabor queso fresco y almendra. A quién cojones se le ocurrirán esos sabores.

Activo la cúpula protectora, pero no instalo las luces perimetrales, con la cúpula es suficiente.

Duermo un rato, con un sueño ligero y agitado.

Por la mañana desayuno y emprendo la marcha.

He caminado otros dos kilómetros en dirección a los promontorios que avisté en el horizonte. He supuesto que allí podría estar a salvo dada su altura. Allí he encontrado más agua. El agua ya había ascendido (sí, ascendido) por la cara sur de los montes y había llegado hasta la cima, comenzaba su descenso. La muy hija de puta me ha rodeado.

Ahora, a unos kilómetros tras de mí, tengo una orilla, y frente a mí, a unos cientos de metros, la otra orilla. De modo que mi huida es una

estrecha franja de unos quinientos metros de anchura de tierra yerma.

No me voy a dar por vencido. Camino unos kilómetros mientras veo al agua acercarse. Me rodea por todos los lados; ahora estoy en una isla. Tengo miedo. No quiero morir. Si Manolo hubiera aprobado las pruebas… perdedor de mierda.

Atisbo una especie de ramificación a lo lejos. Parece un árbol seco. Es la única cosa desde que llegué que no parece una piedra, agua o arena. Por mis costados, con una tranquilidad pasmosa, se va acercando el agua, que va convirtiendo esta pequeña isla por donde camino en un largo pasillo. Un corredor de la muerte. Con el pie descalzo como un hígado de bovino, logro alcanzar el tronco que vi a lo lejos. Desde cerca parece un pelo con las puntas abiertas. Es negro y liso. Se eleva unos cuatro metros desde el suelo. A los tres metros se ramifica en tres puntas esmirriadas que apuntan cada una en una dirección.

El agua apenas me deja un metro de anchura entre una orilla y la otra. Ya casi puede saborearme. Intento subir por el tronco, pero el traje

me lo impide. Me lo quito apresuradamente y me encaramo desnudo hasta las tres ramas. Allí encajo el culo. No me había dado cuenta del calor que hacía hasta quitarme el traje acondicionado. La corteza, o lo que sea que recubre el árbol, es áspera y produce cierto picor. Me he dejado la comida en el traje.

Han pasado varias horas, las dos orillas por fin se han juntado. Desde mi posición elevada, ahora todo lo que abarca la vista es agua. Apenas una capa de un par de centímetros de agua cubre toda la corteza del planeta. Me pregunto si el agua podrá alcanzarme a esta altura. Y si no puede alcanzarme, ¿cuánto tiempo tardará en seguir su curso?

Pensando en todo eso me he adormilado. Al despertar estaba oscureciendo. El agua no se ha ido y parece que el nivel ha subido, al menos unos centímetros.

Se cierra la noche y no puedo calcular la distancia entre el agua y yo. Las estrellas titilan en las pequeñas ondulaciones que se producen en la superficie del líquido, pero no sé si está a dos metros o a dos centímetros. Recojo las piernas.

Amanece. El agua persiste en su labor. Yo diría que ya hay casi un metro de profundidad. Viene a por mí. Me estoy quemando e, irónicamente, tengo sed.

Qué desgracia de vida. Siempre he sido un inútil. Ni siquiera seré el primero en morir en este planeta.

Mientras tanto, mi primo Manolo debe estar sentado en su sofá comiéndose una pizza con su maravillosa mujer y con sus dos encantadores hijos, el muy hijo de puta.